

DESPRENDIMIENTO

AMORIS LAETITIA. Cap. IV (101-102)

Pedro Manuel López Romero

Continuando el comentario del Capítulo IV de *Amoris Laetitia*, hoy corresponde abordar el subcapítulo que comprende los números 101 y 102 titulado DESPRENDIMIENTO, título en el que se resume la correspondiente expresión del himno de la caridad de 1 Co 13. De este modo se nos desvela otra cualidad del amor: que “no busca su propio interés”.

Eso nos recuerda el conocido refrán que reza “Por el interés te quiero, Andrés”, que irónicamente nos representa la contradicción entre el amor verdadero y el deseo de satisfacción del propio interés, generalmente a costa del otro. En efecto, el refrán expresa el afecto que se siente por alguien, no porque haya un amor verdadero, sino porque existe sólo una relación interesada. Por eso, junto al poderoso suele haber mucha gente que no lo quiere, sino que lo adula para obtener algo de él. Las ideas clave del refrán son: beneficio y egoísmo.

El refranero español es sabio al manifestar la contradicción radical que hay entre amor y egoísmo, lo que recordamos con el enunciado del himno a la caridad: “no busca su propio interés” y el título "Desprendimiento" del subcapítulo de *Amoris Laetitia*. "Desprendimiento" hace alusión a desapego, desasimiento de las cosas, en tanto que buscar el propio interés, significa buscar exclusivamente para sí, con inclinación del ánimo hacia un objeto, una persona, etc.

La primera impresión de ambos términos, el utilizado por San Pablo y el título dado por el Papa, es la de mayor profundidad en el significado práctico de la palabra “desapego”, por cuanto sugiere dejar algo propio, salir de nosotros, de nuestra comodidad, de nuestras posesiones, de nuestra instalación, del inmovilismo o del móvil, para pasar a la acción; hacer como Jesucristo hacía siempre: ir de un lado para otro, no estar quieto, recordando lo que dice a los apóstoles: “Las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza” (Mt 8,20). La expresión “no busca su propio interés”, parece quedar más en la persona, como que la persona queda inmóvil, quieta. No se mueve ante nada. Veamos como lo entiende el Papa.

El número 101 de *Amoris Laetitia* expresa: “*Hemos dicho muchas veces que para amar a los demás primero hay que amarse a sí mismo. Sin embargo, este himno al amor afirma que el amor «no busca su propio interés», o «no busca lo que es de él»*”.

Comienza, parece, la exhortación situando a la persona afectada por esta cualidad del amor en ese estado de inmovilidad que decíamos. No pide lo propio ya sea material o espiritual, no exige del otro un comportamiento determinado, aún en lo que es justo, en lo adecuado; al contrario, respeta tanto al otro que teniendo éste lo que a él le pertenecería, no lo busca. Pero el Papa ahonda en el significado de esta cualidad del amor del siguiente modo: *“También se usa esta expresión en otro texto: «No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás» (Flp 2,4)”*. Estas palabras que el Papa toma de San Pablo vienen precedidas del versículo 3: *“Nada hagáis por rivalidad, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo”*. Lo cierto es que todas resultan definitorias de actitudes necesarias para poder vivir el amor.

En la medida que se profundiza, es mayor la fuerza y sentido que cobra el título de la exhortación para este subcapítulo, desprendimiento, quedando claro que el sentido del amor va unido a estar en salida, a ir al otro, partiendo de la actuación humilde y haciendo realidad la superioridad de los otros sobre todo para el que ama.

Es cierto que hay dichos populares que no casan bien con esta cualidad del amor. Así el que reza: *“la caridad bien entendida empieza por uno mismo”*, cuyo significado más común es: *“antes de pensar en las necesidades de los demás, uno debe atender a sus propias necesidades”*. Pero no hemos de confundirnos, porque en algún momento hemos dicho que es importante amarse a sí mismo; mas son dos cosas que no son contradictorias, al reverso, puede ser necesario amarse uno a sí mismo para poder amar a los demás.

Escuchemos como el Papa nos lo dice en el número 101 de *Amoris Laetitia*: *“Ante una afirmación tan clara de las Escrituras, hay que evitar darle prioridad al amor a sí mismo como si fuera más noble que el don de sí a los demás. Una cierta prioridad del amor a sí mismo sólo puede entenderse como una condición psicológica, en cuanto quien es incapaz de amarse a sí mismo encuentra dificultades para amar a los demás: «El que es tacaño consigo mismo, ¿con quién será generoso? [...] Nadie peor que el avaro consigo mismo» (Eclesiástico 14,5-6)”*.

La realidad es que, si tenemos un corazón recto, hay más alegría en dar que en recibir, más satisfacción, más paz, más gloria a Dios, dador de toda gracia, en ser generoso que tacaño. En la escritura hay un paralelo a la cita que hemos leído, confirmándolo. Se encuentra en Proverbios 11,17 que dice así: *“A sí mismo se beneficia el que es compasivo, a sí mismo se perjudica el hombre cruel”*. En otras palabras, nuestra vida será mejor cuanto más beneficios proporcionamos a los demás y con ello confirmamos que la verdad de Dios está en amar; por eso Dios no ha hecho otra cosa que amarnos y ello sin ningún interés, solo porque en él está la plenitud.

Amoris Laetitia aporta el criterio de Santo Tomás de Aquino para ayudarnos a conocer mejor lo que estamos tratando: “*Santo Tomás de Aquino ha explicado que «pertenece más a la caridad querer amar que querer ser amado» y que, de hecho, «las madres, que son las que más aman, buscan más amar que ser amadas»*”. Esta verdad recuerda algo que quizá muchos hayamos experimentado por nosotros mismos una vez hemos sido padres. Es el hecho de que de algún modo amas, respetas y entiendes más a tus padres tras haber tenido hijos propios. El amor al que te aboca la paternidad y la maternidad te hace más generoso en el amor.

Esta afirmación de Santo Tomás de Aquino es como la prueba del algodón: si queremos saber si amamos a los demás solo tenemos que preguntarnos: ¿Qué es lo que más quiero, amar o ser amado?, ¿Qué hace una madre? No dudemos de este sentido que da el Papa al amor en esta cualidad de ser desprendido, porque estamos de acuerdo en que el amor es Dios y Dios ha actuado así, tal como nos dice San Juan: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga por él vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él” (Jn 3,14-17).

Con esto no creo estar exagerando. Estoy afirmando lo que ha hecho el Amor por excelencia, Dios. No ha hecho otra cosa que coger lo más querido, su hijo, su hijo único y entregarlo para ser clavado en la cruz en rescate por muchos. Nos ha recordado antes el pasaje de Moisés en el desierto, cuando el pueblo era mordido por unas serpientes pequeñas que le ocasionaban la muerte y para que no murieran una vez habían sido mordidos, debían mirar una serpiente de bronce que Moisés había forjado y colocado sobre un mástil. Quien la miraba (no dice la escritura que fuera necesaria la fe, solo era preciso mirarla), con solo mirarla, quedaba sanado.

Hoy el mundo está cargado de pecados, hay muchos asesinatos, robos, envidias, mentiras, adulterios y pecados de impureza en general, abusos, tratos inhumanos, calumnias, injurias, críticas, murmuraciones, juicios, etc. Todo mal comportamiento nos hace acreedores de un juicio y en lugar de juzgarnos, porque habría tenido que condenarnos, Dios hizo culpable a su hijo, para que nosotros fuésemos salvos si libremente nos adherimos a esa salvación y sanación de todos nuestros auténticos males que Cristo, con su Sangre, ha ganado para nosotros.

Lo que nos dice el Papa Francisco no es más que el contenido del Evangelio: si lo ponemos en relación con el comentario que estamos haciendo de la cualidad del amor, desprendimiento, la vemos como cualidad en esta

actitud de Dios, quien se desprende hasta de su hijo, de su hijo único.

Detengámonos un momento para pensar en las ocasiones en que hayamos negado el amor porque, por ejemplo, hemos discutido con nuestro cónyuge por cualquier tontería; o hemos reprochado la corrección que la profesora ha hecho a nuestro hijo porque nos humillaba, cuando quizá lo cierto es que el niño se mostró travieso y no muy dado al trabajo escolar; las veces que nos hemos enfadado y juzgado o calumniado o criticado porque alguien no nos ha dado esas imaginarias distinciones o congratulaciones a las que considerábamos tener derecho; cuántas veces hemos podido perder La Paz en la familia por naderías, porque era “mi” móvil, “mi” mando de la tele, “mi” prenda de vestir, etc. Pues Dios no tuvo nada suyo, nos dio a su hijo, a su hijo único, quién derramó toda su sangre por cada uno de nosotros pecadores.

Por eso, el amor es lo más grande. Tener la gracia de poder vivir amando es el regalo más grande que te puede dar Dios. Escuchemos lo que enseña la exhortación en este sentido: *“Por eso, el amor puede ir más allá de la justicia y desbordarse gratis, «sin esperar nada a cambio» (Lc 6,35), hasta llegar al amor más grande, que es «dar la vida» por los demás (Jn 15,13).*

Antes de terminar las últimas líneas del número 102 de *Amoris Laetitia*, pensemos un poco: ¿Cómo sería el mundo si este espíritu, este amor, fuera el que nos impulsara en nuestras actuaciones? ¿Cómo sería tu casa, tu hogar, tu familia? ¿Es posible que el amor y el desprendimiento vayan juntos? Pensémoslo, porque el Papa también nos va a hacer la pregunta y nos da la respuesta: *“¿Todavía es posible este desprendimiento que permite dar gratis y dar hasta el fin? Seguramente es posible, porque es lo que pide el Evangelio: «Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis» (Mt 10,8)”*